



IV

EL PRIMER ACECHO

Las tres daban en el reloj del palacio del Gobernador, cuando Tartarin se despertó.

Había dormido toda la tarde, toda la mañana, y parte de la otra tarde.

Es verdad que durante tres días no gozó de un solo momento de descanso.

Al abrir los ojos, su primer pensamiento fué este:

—Me hallo en el país de los leones.

Y á fe de imparcial ¿por qué no decirlo? ante la idea de que dichos animales estaban cerca, y de que era preciso cazarlos... ¡brrrr!, un frío mortal se apoderó de él, y se metió bizarramente debajo de las mantas.

Pero después de un instante, la alegría de la calle, el cielo azul, el sol que llenaba su habitación, un buen almuerzo que se hizo servir en la cama, remojado con excelente vino de Crescia, le devolvieron muy pronto su antiguo heroísmo.

—¡Al león! ¡Al león! exclamó saltando del lecho y vistiéndose con presteza.

He aquí cuál era su plan:

Salir de la ciudad sin decir nada á nadie, llegar al Desierto, esperar la noche, ponerse en acécho, y al primer león que pasara á su alcance... ¡pim! ¡pum!... Y después, volver al día siguiente á almorzar á la fonda de Europa, para recibir las felicitaciones de los argelinos y alquilar un carro para traer su presa.

¡Seductor programal... ¡Halagadora perspectiva!... ¡Mágicos ensueños!

Se armó, pues, apresuradamente; rodeó su cuerpo con la tienda, cuyo palo, puesto en sentido vertical, sobresalía lo menos un pie por encima de su cabeza, y con ésta muy erguida bajó á la calle.

Una vez fuera, y no queriendo preguntar á nadie la dirección que debía seguir, por miedo de despertar sospechas respectó á sus proyectos, tomó resueltamente por la derecha, siguió hasta el fin los soportales del Bab-Azoun, en donde, desde el fondo de sus oscuras tiendas, multitud de judíos argelinos le veían pasar, acurrucados en un rincón; atravesó la plaza del teatro, siguió por el arrabal, hallándose, por fin, en la carretera que conducía á Mustafá.

Aquel camino estaba lleno de ómnibus, simones, carricoches, camiones, carretas cargadas de heno y tiradas por sus correspondientes yuntas de bueyes, escuadrones de cazadores de África, reuas de borriquillos del país, ó sean jumentos notablemente pequeños, negras que vendían rosquillas, coches llenos de

alsacianos que emigraban, spahis con sus capas coloradas, y todo esto desfilando en un tóbellino de polvo, y acompañado de gritos, cantos y toques de corneta, por entre dos hileras de malas casuchas, en las que se veían mahonesas peinándose delante de la puerta, tabernas llenas de soldados, carnicerías, etc. etc...

—¡Que me hablen luego de Oriente! pensaba el gran Tartarin. ¡Bah, bah! ¡Ni siquiera hay tantos *Teurs* como en Marsella!

Pero de pronto, vió pasar á su lado, moviendo ceremoniosamente sus grandes patas y estirando su largo pescuezo, un soberbio camello, y eso hizo latir con más fuerza su corazón.

¡Camellos ya! pensó nuestro hombre. Los leones no deben andar muy lejos, y lo sensible sería me encontrase con un molesto competidor.

Y, en efecto, á los cinco minutos vió venir hacia él, con la escopeta al hombro, unos cuantos cazadores.

—¡Cobardes! se dijo nuestro héroe al pasar á su lado. ¡Cobardes! Ir á matar al rey de los animales tantos hom-

bres juntos, y acompañados de perros...

Jamás hubiera podido imaginarse que en Argelia se pudiese cazar otra cosa que leones. Sin embargo, aquellos cazadores parecían honrados comerciantes, y luego aquella manera de cazar la fiera con perros, y eso de llevar los morrales á la espalda era tan patriarcal, que el tarasconense, un poco vacilante y curioso, creyó que debía preguntarles algo.

—¿Qué tal caza se ha hecho, señores?

—No del todo mala, respondió uno de ellos, mirando con espanto el armamento del guerrero de Tarascón.

—¿Habéis matado alguno?

—¡Ya lo creo!... Mirad.

Y el cazador argelino enseñaba su morral, lleno de conejos y de chochas.

—¡Cómo, en el morral! ¿Los metéis en el morral?

—¿Y en dónde queréis que los meta?

—Pero, entonces, son... son de los pequeños.

—Pequeños y grandes, interrumpió el cazador.

Y como tenía prisa por volver á su

casa, alargó el paso para alcanzar á sus compañeros.

El intrépido Tartarin quedó inmóvil, estupefacto en medio del camino... Mas después de un momento de reflexión:

—¡Bah! se dijo; son unos embusteros... Nada han matado.

Y prosiguió su marcha.

Las casas eran cada vez más raras, y los transeuntes también. El sol se ausentaba con ligereza; la luz se iba desvaneciendo, y los objetos se confundían ya entre las sombras.

Tartarin de Tarascón anduvo todavía como cosa de media hora, y por fin se detuvo... La noche había cerrado por completo; noche sin luna, pero muy estrellada.

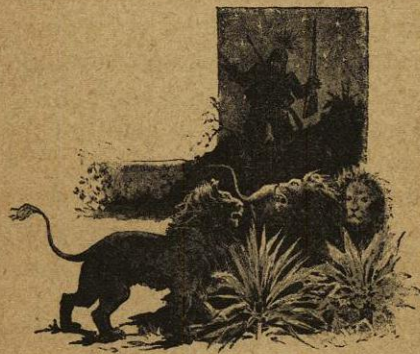
Nadie aparecía por el camino...

Nuestro héroe, pensando, y con razón, que los leones no eran como las diligencias, y que, por consiguiente, no frecuentarían las carreteras, se internó en los campos... A cada paso hallaba zanjas, tropezaba con las malezas y los matorrales. ¡No importa! Marchaba siempre...

De repente hizo alto.

—Huele á león por aquí, se dijo nuestro héroe.

Y aspiró con fuerza el aire, á derecha é izquierda.





V

¡PIM! ¡PAM!

ERA un desierto salvaje, todo lleno de plantas muy extrañas, de esas plantas orientales que parecen animales malos. Con la escasa luz de las estrellas, su sombra se agrandaba, estirándose por el suelo en todos sentidos. A la derecha se veía la masa confusa de una montaña. el Atlas tal vez... A la izquierda se oía el mágido de las olas... Era un sitio que debía atraer las fieras...

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

Con un fusil delante de él y otro en las manos, Tartarin de Tarascón hincó una rodilla en tierra y esperó... Esperó una hora, dos... ¡nada!... Recordó entonces que había leído en sus libros favoritos que los grandes matadores de leones no



iban nunca á cazarlos sin llevarse un cabrito, que ataban á algunos pasos de ellos, y que hacían balar tirándole de las patas con un cordel. No teniendo cabrito, el tarasconense imaginó imitar á este animalito, y se puso á balar con voz lastimera: "¡Bé! Béee!..." Primeramente lo hizo muy bajito, porque tenía algún miedo de que el león le oyese...; después, viendo que no venía, baló con más fuer-

za: "¡Bé! Béee!..." Nada todavía... Lleno de impaciencia, chilló más y repitió muchas veces: "¡Bé!... ¡Bé!... ¡Bé!..." con tanta fuerza, que su balido parecía el mugido de un toro...

De repente, á algunos pasos delante de él, vió un bulto negro y grande que se movía, olía el suelo, saltaba, se revolcaba, echaba á correr, luego volvía, y se paraba de pronto.

No admitía duda; era el león... Ya distinguía perfectamente sus cuatro patas cortas, su espesa melena y sus ojos que relucían en la sombra...

¡Apunten! ¡fuego! ¡pum!... Era cosa hecha. Había matado un león... Su gloria estaba ya asegurada... Tarascón se regocijaría al saberlo, vestiría sus mejores galas, habría gran fiesta entre los tarasconenses, y al regresar triunfante, sus convecinos le llevarían en andas.

Imposible es relatar el estado de alma de Tartarin al pensar que había dado caza á un león en pleno desierto africano. Estuvo á punto de sufrir un desvanecimiento, efecto del gran placer que experimentó en el momento de salir el

tiro... Pero se rehizo en seguida, y calculando que la fiera acaso no estuviese sino herida, nuestro héroe dió un salto hacia atrás y desenvainó su cuchillo de monte; en efecto, un quejido especial, pero imponente, que al bravo cazador pareció espantoso rugido, respondió al peraba la hemtiro del tarascónense.

—¡Está herido! exclamó Tartarin; y con el cuerpo recogido y el cuchillo dispuesto para blandirlo con pujante fuerza, se preparó á recibir el ataque de animal tan fiero; pero éste, en vez de atacar, huyó... Sin embargo, el tarascónense no quiso moverse, pues esperaba la hembra...

¡Siempre como en los libros!

Desgraciadamente ésta no vino, según solía acontecer en idénticos casos, á juzgar por lo que él había leído en las relaciones de los más intrépidos cazadores, y después de tres ó cuatro horas de espera, el valiente Tartarin se cansó.

La tierra estaba húmeda, la noche fresca, y la brisa del mar empezaba á soplar.

—Si echara un sueño mientras llega el día, se dijo.

Y para evitar el reuma, recurrió á la tienda de campaña... Pero ¡qué demonio! Era ésta de un sistema tan ingenioso y lo había ensayado tan poco, que todos sus recursos para abrirla fueron inútiles.

Por más esfuerzos que hizo, sudando á mares, la condenada tienda permaneció cerrada. Nuestro héroe la tiró por el suelo y se echó encima, jurando como verdadero provenzal.

¡Taratá, tará... taratá!

—*Ques açó?* (¿Qué es eso?) dijo Tartarin despertándose alarmado.

Eran los clarines de los cazadores de África, que tocaban diana en los cuarteles de Mustafá...

Nuestro matador de leones, estupefacto, se restregó los ojos... ¡Él que se creía en pleno desierto!... ¿Sabéis en dónde se hallaba? Pues en un plantío de alcachofas, de coliflores y de remolachas.

Su Sahara tenía verduras...

Muy cerca de él, en la linda colina

verde de Mustafá de Arriba, se veían hermosas quintas argelinas, blancas como palomas y que brillaban con el rocío de la mañana.

El espectáculo burgués y plácido de aquel paisaje admiró mucho á nuestro hombre y le puso del más pésimo humor. Después, fijando más la mirada en el sitio, teatro de su hazaña:

—Esas gentes están locas, se decía; plantar alcachofas en donde moran los leones... porque yo no he soñado... Han venido hasta mí... ¡Bien clara está la prueba!

Dicha prueba eran algunas manchas de sangre que el animal, huyendo, había dejado detrás de sí. Inclinado sobre aquellas huellas sangrientas, con el ojo avizor y el revólver en la mano, el valiente tarasconense llegó de alcachofa en alcachofa hasta un campo de avena... Vió la hierba pisoteada, un charco de sangre, y en medio de éste, echado de costado, con una tremenda herida en la cabeza, divisó un... ¡Adivinad qué!

—Pues bien, un león.

—No; un borrico, uno de esos borriquillos, tan comunes en Argelia, y que se designan con el nombre de *bourriquets*.





VI

LLEGADA DE LA HEMBRA

TERRIBLE COMBATE — LA CITA DE LOS CONEJOS

El primer movimiento del valiente cazador en presencia de su desgraciada víctima, fué de despecho.

¡Hay tanta diferencia de un *bourriquot* á un león!...

El segundo fué de lástima.

¡El animalito era tan lindo y parecía tan bueno!

Se acercó á él, lo palpó, y notando que aún estaba caliente, Tartarin se arrodilló, y con una de las puntas de su faja argelina procuró restañar la sangre del desgraciado animal; y era en verdad cosa que enternecía sobremanera el ver á tan grande hombre cuidar con tanta solícitud á un borriquillo.

Éste, al contacto suave de la sedosa tela, abrió sus grandes ojos grises y movió dos ó tres veces las orejas como para decir: "¡Gracias!... ¡Gracias!...", Después una fuerte convulsión le sacudió desde la cabeza á la cola, y no volvió á moverse más.

—¡Negrito!... ¡Negrito! exclamó de repente una voz angustiada. Y al mismo tiempo las ramas de un seto próximo se abrieron... Tartarin á duras penas pudo prepararse y ponerse en guardia.

¡Era la hembra!...

Apareció ésta terrible, rugiente, en la forma de una vieja alsaciana, con un pañuelo atado á la cabeza, armada con un enorme paraguas colorado y preguntan-

do por su borriquillo á todos los ecos de Mustafá.

Ciertamente que hubiera sido preferi-



ble para Tartarin hallarse enfrente de una leona que de tal bruja. En vano el desgraciado procuró explicarle el caso, diciéndole que Negrito le había parecido un león. La vieja creyó que se burlaba

de ella, y echando por la boca energicos *tarteifle*, interjección alsaciana que traducen muy gráficamente y usan sin cesar los españoles, cayó sobre nuestro héroe á paraguazos. El tarasconense, lleno de confusión, se defendía cuanto le era posible, parando los golpes con su carabina, sudando, saltando y gritando:

—¡Pero, señora... pero, señora!

Mas ésta no hacía caso, y redoblaba sus golpes.

Felizmente, un tercer personaje se presentó en el campo de batalla. Era el marido de aquella furia, alsaciano también, bodegonero además, y que entendía muy bien de cuentas.

Cuando vió de lo que se trataba, y que el matador no pedía otra cosa sino abonar el precio de la víctima, desarmó á su esposa y se entendieron.

Tartarin pagó doscientas pesetas por un asno que valía diez, pues éste es su importe en los mercados árabes; después enterraron al pobre Negrito al pie de una higuera, y el alsaciano, puesto de buen humor por las monedas tarasconenses, invitó al héroe á que fuera á

desayunarse á su figón, situado á algunos pasos de allí, en la orilla del camino, y se dirigieron á él.

Los cazadores argelinos solían almorzar los domingos en aquella taberna, porque aquella llanura era fértil en caza, y en dos leguas á la redonda no se encontraba mejor sitio para matar conejos.

—¿Y los leones? preguntó Tartarin por el camino.

El alsaciano le contempló admirado.

—¡Los leones!

—Sí. ¿Veis algunos? repuso el pobre hombre con menos seguridad.

El tabernero soltó una estrepitosa carcajada.

—¡Ah! ¡Qué gracia!... Leones... ¿para qué?...

—¿No los hay, pues, en Argelia?

—¡Jamás he visto ninguno! Y, sin embargo, hace veinte años que habito esta provincia; pero me parece haber oído decir en los periódicos... Mas es muy lejos, allá, al Sur...

En aquel momento llegaron delante del figón, que se parecía en todo á los

que, situados en caminos y carreteras, llaman ventas ó ventorrillos, que tenía una rama de pino colgada encima de la puerta, y este letrero, que no dejaba de ser significativo:

LA CITA DE LOS CONEJOS



VII

HISTORIA DE UN ÓMNIBUS,

DE UNA MORISCA Y DE UN ROSARIO

Esta primera aventura hubiera bastado para desalentar á muchas personas; pero hombres del temple de Tartarin no se abaten tan fácilmente.

—Los leones están en el Sur, pensó el héroe; pues bien, iré al Sur.